

“Cápsulas dinámicas”, para un singular bestiario

Bestiario

BEATRIZ RESTREPO RESTREPO
Universidad de los Andes, Facultad de
Artes y Humanidades, Departamento
de Humanidades y Literatura,
Bogotá, 2014, 63 págs., il.

BESTIARIO, LIBRO de poemas, es la primera obra literaria de Beatriz Restrepo Restrepo, quien trabaja con la literatura todo el tiempo, ya que es profesora de la Universidad de los Andes y ostenta estudios literarios en Francia, además de que “se ha especializado en el estudio del lenguaje poético y de la poesía colombiana”, etc.

Es grato encontrar una primera incursión así en la esquiua poesía. En estos textos hay levedad, humor e inteligencia, al menos en una buena cantidad de ellos (son un poco más de cincuenta), y pienso que su autora no se ha andado con afanes para publicar. Puede, incluso, que no le hubiera hecho falta hacerlo antes. Aunque en apariencia no revelan una gran elaboración (lo cual, de paso hay que decirlo, es uno de los mayores logros de la buena literatura), se ven precisos como pequeñas piezas ajustadas a un propósito determinado. En este caso, a la descripción o al apunte sin rodeos de sus “bestias” que va hilvanando de a poco, en estricto orden alfabético, quién sabe bajo qué método; uno que, en todo caso, no deja adivinar. Asume como “bestias” lo que comúnmente llamamos “bichos”, tales como (y aquí viene parte del contenido de sus títulos) abejas, babosa, cigarras, libélula, mariposas, mosca, polillas, zancudo, garrapata, y escribe también sobre animales más “temibles”, como caballo ciudadano, garzas, gato, perro, toro jarameño, vaca, tigre. Hay una gracia risueña en casi todo lo que escribe de sus bestias, como en “Garcilla buyera”:

Se pasea sobre el lomo de los
bueyes.
Mira como quien se asoma al
paisaje
y cree de veras que es dueña de su
destino.

[pág. 20]

Juega, le da facultades a la pequeña garza, como si hablara de alguien que se sube a una montaña, digamos, a disfrutar el paisaje, pero al final nos hace saber que su indefensión no le da para ser “dueña de su destino”. Digo esto consciente de que me tiro en el poema, con la intención solamente de resaltar que la autora no es inocente o no toma por inocente a su lector. Al contrario, le pide malicia. Como ocurre en “Ave Fénix”:

Su muertecita
es igual a una muerte.

Su resurrección
no tiene nombre, ni límite.

[pág. 8]

Le pide al lector, de manera tácita, que conozca el mito del ave fénix y que sepa (el conocimiento es placentero), por tanto, que ese ave “renace de sus cenizas”. Similar ocurre con “Venados”:

Llevan el sol en sus espaldas,
iluminan el cielo con coloraciones
doradas
cuando salen a comer,
en las tardes, antes de caer la noche.

[pág. 46]

Aunque el pequeño poema tiene gracia en sí mismo y no está exento de misterio (“iluminan el cielo con coloraciones doradas”), creo que el lector encuentra mayor disfrute en su lectura cuando sabe que a lo que se refiere la autora es al “sol de los venados”, esa frase hecha que alude a ciertos momentos –de no todos los días– de las cinco o cinco y media de la tarde de luz terrosa, privilegio momentáneo de los sentidos, y cuyo uso parece darse en muchas partes, aunque encontré una bella explicación de esos atardeceres en Bogotá, en los cuales los venados se daban un gusto especial con el color de la luz, antes, claro, de que todo se llenara de edificios y casuchas por doquier.

Tal vez sea exagerado (sin duda lo es) pensar, como pienso, que estos textos tienen una risueña y desprejuiciada cercanía con los poemas de la polaca Wisława Szymborska. Pero no solo en el “dejo” que ellos revelan, sino también en esa manera indirecta que tiene la nobel para referirse a ciertos asuntos (de paso: si el lector no ha leído nada de sus *Lecturas no obligatorias*, que son las reseñas de libros que publicaba en

periódicos de Polonia, no puedo sino sugerirle que lea algo de ahí en cuanto pueda), como cuando escribe de libros, en cualquier materia, y a veces casi ni habla de sus contenidos, no obstante resultan ser unas magníficas, libres y humorísticas reseñas, pero ante todo en muchos de sus poemas en los cuales, sin decir nada trascendente –en apariencia– de asuntos muy trascendentales, da con gran acierto en textos penetrantes que aluden la realidad, a la vez que la desdibujan con un gesto entre la ironía y a veces el terror.

Beatriz Restrepo no se propone escribir un bestiario a la manera de los libros clásicos, como los que abundaron en tiempos antiguos y medievales, y que ya no dejaron de producirse a lo largo del tiempo. Bestiarios mitológicos, recreaciones fantásticas de la vida de seres también extraordinarios, y las bellísimas ilustraciones en las que incursionaron (y siguen incursionando) los pintores y los dibujantes de todos los estilos. Ni a la manera de los autores contemporáneos, como Cortázar, Monterroso, Borges, José Emilio Pacheco, Lovecraft, Arreola o Kafka. Beatriz Restrepo, que seguramente los ha leído a todos, escribe un libro que busca el solaz, el divertimento, la sola imagen que dice cosas que no habíamos pensado de los animales, a veces “animalitos” (“Ellos cuentan, cantan, y ella se deja cantar y contar por ellos. Se escudriñan, conversan, se adivinan, y un minucioso azar los reúne en una suerte de concilio cósmico”, dice Alberto Rodríguez Tosca en la presentación del libro). A un zancudo, por ejemplo, lo pone en una disyuntiva casi filosófica, o por lo menos eso es lo que queda al final de su reflexión (la del zancudo) instintiva, de sobrevivencia:

Hacerme el muerto
para que no me maten
es lo mismo que estar muerto.

Casi siempre.

[pág. 47]

Es el juego lo que parece animar la relación de la autora con sus diversos animales. Los lleva a situaciones en las cuales no se mueven en su hábitat o en las relaciones previsibles con su entorno. Les dona un destino que ella interpreta a su manera y los hace jugar hacia una condición imprevista, como

a la babosa, a quien atribuye una condición devastadora:

Sé de ti
por todo aquello que destruye tu
paso.

Dejas
espacios vacíos, caminos en blanco.

[pág. 9]

Muy distinto al bestiario de Kafka, por ejemplo, quien, como en tantos de sus textos, hace que sus animales trasciendan hacia una condición de extrañeza y misterio, de mundos extraordinarios y ajenos a la simpleza del detalle, como en “Los leopardos”: “Los leopardos irrumpen en el templo y a sorbos desocupan los cántaros de las ofrendas, esto se repite una y otra vez; hasta que se puede predecir y se vuelve parte de la ceremonia” (traducción de Selnich Vivas en *Microcuentos y dibujos*, Editorial Universidad de Antioquia, 2010).

Si nos atenemos a las descripciones que nos dan los diccionarios sobre los bestiarios: “En literatura medieval, colección de fábulas referentes a animales reales o quiméricos”, tendríamos derecho a pensar que el de Beatriz Restrepo es un bestiario en toda ley. Más aún cuando uno lee lo que escribe alguien que conoce bien el tema, el español Ramón López-Pintor, quien en “Bestiario medieval” dice: “[...] Esta estética, podríamos decir pagana, es sacralizada por el románico, inicialmente, y luego por el gótico, y transforma a los animales, sean fantásticos o reales, en alegorías, a la vez que portadores de conceptos abstractos como virtudes o perversiones [...]”. Aunque es común que nos encontremos con quienes usan en la escritura los animales para moralizar o establecer parámetros entre el bien y el mal –dar lecciones, en todo caso– (Esopo, Iriarte), en la escritora de aquí no hay esas pretensiones, sin duda porque ha corrido mucha agua debajo de los puentes y ya no es el tiempo de la moral y las ideologías en la literatura (es lo mismo que ha pasado con el aforismo: de servir a la ciencia y a la filosofía, por ejemplo, en la antigüedad, esa maravillosa expresión literaria ha pasado más al lado de la poesía).

Aunque el puro juego en literatura es bastante arriesgado, vale decir, porque puede redundar en lo meramente intrascendente, so pretexto de alejarse

de vacuos “problemas de fondo”, en ocasiones como la del presente *Bestiario*, ese juego da unos frutos literarios que blindan los poemas contra la lastimosa ingenuidad. La autora logra un primer libro promisorio, antesala de una nueva voz poética, con la escasa cualidad de la brevedad, la sencillez y el humor. Hago más las palabras con que en 1984 iniciara Juan José Arreola (México) la presentación del *Pequeño bestiario ilustrado* de Arturo González Cosío, para cerrar este comentario festivo: “Celebro aquí la aparición de unos textos breves, brevísimos, que obligan a meditar largamente. Cápsulas dinámicas, encierran el poder de la semilla capaz de brote y desarrollo hasta donde alcance nuestra cabida espiritual. [...]” (en Juan José Arreola, *Prosa dispersa*, México, Conaculta, 2002, pág. 151).

Luis Germán Sierra J.